

EL ÁRBOL DE LAS HOJAS

Había un árbol que era especial. Sus hojas eran de todos los colores como el arcoíris. Cuando se le caían las hojas y volvían a nacer por primavera, cambiaban de color.

Era el árbol más colorido del pueblo. Todas las primaveras se convertía en un árbol diferente, pero hubo una primavera, en la que las hojas se convirtieron en caramelos. Los niños y los mayores se las comían, cuando volvía a nacer se convertían en refrescos, después en chicles y hasta en frutas y así siempre.

Pero un buen día, las hojas nacieron en forma de letra, eso hizo que la gente del pueblo se pusieran a escribir. Una mañana de primavera, el árbol se fue apagando, apenas tenía color, hasta que se hizo viejo y murió.

Pero lo más importante es que la gente del pueblo toda la vida lo recordaran por lo mágico que fue el árbol de las hojas de color.

Fin



— LA HIJA DEL S.R BOSQUE

¿Vosotros conocéis al S.r Bosque? Seguro que sí, pero os aseguro que no sabíais ni que existía una niña que es su hija.

Ella se llamaba Sabina, una chica de piel palida, ojos de carbón, una abundante cabellera rubia y una sonrisa que siempre le iluminaba la cara.

Un día el cielo de cuervos llama la atención a esta niña... El bosque se marchitaba y su padre no estaba en casa.

- ¿Dónde está papá? (Pensaba la pequeña desconsolada). De repente escucha unos golpes en la puerta trasera de su casa. Toc, toc, toc. Ella intrigada y a la vez aterrorizada miró por el agujero del picaporte.

- ¡No hay nadie, que raro! pensó. Salio de la casa... y una cantidad de humo la atrapo. Ella estaba desesperada, todo el color desaparecia al paso de ese horrible humo. La sonrisa que tenia la niña se fue desvaneciendo.

Sabina presintió que su padre estaba en peligro, y decidió pedir ayuda a los cuervos para que la ayudasen.

Los cuervos cargaron sus picos con semillas que fueron soltando con la esperanza de recrear una nueva estampa de vida en honor al S.r Bosque.



EL SOBRE AMARILLO

Era una tarde de domingo, acababan de dar las siete y comenzaba a oscurecer. Dentro del local había un ambiente cálido y acogedor, mas, a través de los grandes ventanales del edificio, se podían observar las ramas de los árboles sacudidas por un fuerte viento que las azotaba, y el movimiento y barullo que había en el exterior. Personas ajetreadas yendo de acá para allá poblaban la calle, mirando al suelo absortas en sus pensamientos, con la cremallera del abrigo subida hasta arriba, una bufanda al cuello y un buen gorro para evitar congelarse de frío en una tarde de invierno como aquella.

Como todos los domingos a la hora de merendar, decidimos volvernos a reunir en el bar de la esquina de la plaza. Hacía mucho frío. Era uno de los típicos días oscuros y deprimentes en los cuales toda la casa está en silencio, te sientes solo y lo único que te apetece es tumbarte en la cama bien tapadito con mantas y echarte una siesta mientras escuchas música tranquila. Ese era mi plan. No me apetecía acudir a la quedada y menos aún recordar que a la mañana siguiente tendría que levantarme a las siete para ir al instituto.

Tan solo eran las cinco de la tarde, sin embargo, tenía la sensación de que ya era de noche, así que me acurruqué en mi cama bien abrigado con un libro de misterio entre las manos. A la luz de una lamparita, comencé a leer para matar el tiempo. Unos segundos más tarde, el choque de una piedra en mi ventana interrumpió aquel momento de tranquilidad. De mala gana me levanté y me asomé por el balcón para ver qué ocurría. El que había tirado la piedra era Lucas, mi mejor amigo. Resulta que me había escrito unos cincuenta mensajes y me había llamado otras tantas veces y, como no le contestaba, vino a cerciorarse de que estaba vivo. Yo no tenía la culpa, pues el móvil estaba en silencio y sin batería, pero eso no impidió que me echara la bronca por asustarlo de esa manera. Al final, no sé cómo, pero logró convencerme para unirme a ellos en el bar. Me abrigué y bajé a su encuentro.

...Personas ajetreadas yendo de acá para allá poblaban la calle mirando al suelo absortos en sus pensamientos, con la cremallera del abrigo subida hasta arriba, una bufanda al cuello y un buen gorro para evitar congelarse de frío en una tarde de invierno como aquella... De repente, de entre la multitud, surgió una figura femenina de media altura, cabello largo y aproximadamente 45 años de edad que llamó mi atención. No estoy seguro de si era por alguna peculiaridad suya, el aire misterioso que emanaba, o el hecho de que me resultara familiar. Iba vestida completamente de negro y llevaba una bufanda y un gorro cubriéndole la cara, de tal forma que solo se podían ver unos grandes ojos verdes penetrantes. Apostaría que estaba tratando de pasar desapercibida y evitar miradas curiosas.

La seguí con la vista hasta que, inevitablemente, nuestras miradas se cruzaron. Ella, sorprendida e incómoda, apartó la vista y se subió la bufanda aún más, tratando de evitar ser reconocida por mí. Pensé que era extraño, pues no sabía quién era. No obstante, me equivocaba. Se dirigía hacia el mismo lugar donde nos encontrábamos.

Lentamente, abrió la puerta y cuando estaba a poco más de un metro de mí, la reconocí. "Esa mirada verde y severa, esa forma de caminar, ese aire misterioso... ¡Claro! La directora, doña Milagros, nuestra profesora de lengua".

Acto seguido informé a Lucas de quién se encontraba en el mismo bar que nosotros. En menos de diez segundos todos nuestros compañeros ya lo sabían, y todos estaban tan sorprendidos como yo. Era inaudito. Un montón de preguntas llegaban unas detrás de las otras acribillándonos la mente. Ciertamente. No es raro encontrarse a un

profesor por la calle, pero nos podíamos esperar encontrar a cualquiera menos a ella. Nunca antes nadie la había visto en otro sitio que no fuera el instituto, hasta los profesores la tenían miedo. "¿Qué hacía aquí? ¿Desde cuándo ella salía a divertirse, tenía vida social, o simplemente, salía de su casa alguna vez para otra cosa que no fuera mandarnos ejercicios en clase o castigarnos recreo tras recreo?"

Llenos de curiosidad, la observamos disimuladamente desde donde estábamos sentados. Vimos cómo se encaminaba hacia un misterioso señor sentado en una mesa, apartado en uno de los rincones más oscuros del lugar. Al llegar allí, se quitó el sombrero dejando al descubierto su rostro, y se acomodó al otro lado de la mesa tras saludar a su acompañante. En vano tratamos de escuchar su conversación por mera intriga. Al darnos cuenta de que era inútil, comenzamos a imaginarnos posibles razones para dar respuestas a nuestras preguntas. Como que si aquel hombre era su amante secreto, o que si era un hermano gemelo suyo y los separaron por la guerra cuando tan solo eran unos niños...

El tiempo pasó velozmente, dando vueltas a nuestra imaginación y tratando de dar con la hipótesis correcta. Cuando nos quisimos dar cuenta, ya eran las diez menos cuarto. Instantes más tarde, el señor sentado frente a nuestra directora, se levantó, se despidió educadamente de ella y, tras hacer ademán de marcharse, regresó y le dio un pequeño sobre de color amarillento, el cual nuestra profesora recibió con una amplia sonrisa, gesto inusual en ella que de inmediato alimentó más nuestra imaginación.

Doña Milagros se dispuso a salir cuando, de repente, se paró en seco frente a la puerta. Pensamos asustados que quizás habría advertido nuestras continuas miradas hacia ellos y nos iba a regañar, pero resulta que había comenzado a llover fuertemente y se había detenido para sacar un paraguas de su bolso. Al hacerlo, un pequeño sobre amarillo resbaló y ella, sin darse cuenta, se marchó. Parece ser que los demás habían dejado de mirar y yo era el único que se había enterado. Me sentí mal por haber reaccionado tan tarde y no haber corrido para devolvérselo, así que decidí cogerlo y llevárselo al día siguiente. Me despedí de mis amigos y me fui a casa sin contárselo a nadie. Pretendía guardarlo en la mochila, pero la curiosidad me quemaba por dentro y terminé por abrirlo y leerlo.

Trataba de una declaración de amor, así que supuse que era del misterioso señor hacia nuestra directora, y me hizo gracia que algunas de nuestras hipótesis hubiesen coincidido. Aquella noche me fui a dormir con una perspectiva distinta de la personalidad de doña Milagros.

Al día siguiente, en clase, me armé de valor para hablar con ella, devolverle la carta y disculparme por haberla leído. Sin embargo, su reacción al contarle toda la historia no resultó como me la esperaba. Doña Milagros comenzó a reírse de forma descontrolada y, sinceramente, me hizo pensar que se había vuelto loca o algo así, pero luego me contó la verdadera historia. En verdad, aquel misterioso hombre era su hermano y la declaración de amor era parte de un libro que ella estaba escribiendo en secreto y se la había enseñado a él para que le diera su opinión.

En ese último mes, la fama de la directora cambió completamente y comencé a llevarme mucho mejor con ella. Además, no mucho tiempo después, su libro se publicó y se vendieron un montón de ejemplares. Yo también he comprado uno, es una novela de misterio. Hoy hace un poco de frío y el día está algo oscuro y nublado. Me he acurrucado entre las mantas y he comenzado a leer el libro de doña Milagros.

Érase una vez...

Dolor, distancia

Se iban extinguiendo poco a poco los ruidos de la gran ciudad como si se adormeciera en la noche. Ella miraba el reloj una y otra vez, mas el tiempo transcurría lento cual velero surcando el océano sin prisa por llegar a su destino. Aquel "tic-tac" que en otras ocasiones tanto había anhelado y echado en falta, ahora retumbaba interminable en su cabeza.

Analizó por unos instantes la situación en la que se encontraba y solo fue una breve risa de burla hacia ella misma la respuesta de sus pensamientos. ¡Cuántas veces había soñado con este reencuentro...!

Se lo había imaginado de tantas formas diferentes, inimaginables. Sin embargo, ahora que estaba a punto de vivirlo y presenciarlo fuera de un sueño, no estaba segura, no sabía qué pensar.

Él estaba al llegar. ¿Qué iba a pasar?, ¿Se iban a abrazar?, ¿Solo se mirarían?, ¿Le diría algo desagradable?... Al fin y al cabo la idea de verse había sido de él. Pero no, eso no significaba realmente nada, no conseguiría tranquilizarse.

Dudó entre hacerse un café para mantenerse despierta o una tila para relajarse. Finalmente se decidió por la segunda opción, por lo que, pasada la medianoche, fue una verdadera suerte haber oído el timbre y haber sido capaz de llegar hasta el recibidor con los párpados pegados por el sueño. No obstante, su vista no tardó demasiado en aclararse al ver aquellos ojos.

Quince años, quince años sin ver esos ojos que antes tuvo la oportunidad de contemplar diariamente. Esas verdes pupilas que tanto conocía y tanto había admirado. Esa mirada que siempre le había brindado seguridad y protección, esa que algún día pensó que nunca le faltaría.

¿De verdad había merecido la pena aquella decisión?

Sin poder evitarlo, fue ella quien se echó a sus brazos sin siquiera pensarlo. Todos esos nervios y miedos que hasta entonces la habían dominado, se convirtieron en una mezcla de nostalgia, regocijo y euforia, cuyo resultado fueron unas densas lágrimas que le comenzaron a resbalar de forma incansable sobre el rostro. Cuando fue capaz de levantar la vista, supo que estas tampoco habían podido evitar apoderarse del de la persona que se encontraba entre sus brazos, de manera que, al reconocer sus miradas tras esa cascada de lágrimas, ambos esbozaron una leve pero confortable sonrisa al reconocer lo poco común que era en ellos llorar.

¿Tan inmenso fue ese motivo que les hizo separarse quince años atrás?

Aún recordaba ese momento en el que se habían sentado en el sofá del salón y ella, con un nudo en la garganta, había por fin decidido hablarle sobre lo que realmente sentía, había comenzado a hablarle sobre su homosexualidad.

Ella conocía a su padre, sabía que era una persona demasiado convencional y rígida, con escaso conocimiento respecto a este tema y una mentalidad no solo anticuada sino también cerrada. Sin embargo, tenía la esperanza de mostrarle que no había nada de raro ni de malo en eso, que el amor entre las personas va más allá del género.

Contrariamente, su respuesta no fue para nada similar a lo que ella había imaginado. Podría definir aquel día como uno de los peores de su vida. Los insultos y palabras que brotaron de la boca de su padre se quedaron tatuados en su mente de una forma tan hiriente y dolorosa que aún no ha sido capaz de superar. Mas aún, por encima de todas esas injurias, fue su mirada de total repugnancia la causa de los continuados insomnios que habituaron en sus noches desde aquel entonces.

Todo el mundo debería de saber que las opiniones de quienes una persona quiere sobre algo realmente importante para ella, son las que con razón o no, marcan a esa persona.

En aquel momento ambos estaban ciegos. Él cerraba sus ojos a escuchar a su hija, a entenderla, a respetarla. Ella estaba ciega de rabia, de dolor y de impotencia. Y, sin duda, las decisiones importantes no se toman estando ciegos.

Es esta necesidad de querer volver en el tiempo la que experimentaron padre e hija durante ese abrazo de reencuentro. Todo hubiera sucedido de otra manera si al menos uno de los dos hubiera tratado de eliminar el orgullo que lo cegaba, y hubiera sido capaz de escuchar al otro.

Él se miró en el espejo del recibidor. Las ya obvias arrugas que surcaban su semblante no eran más que un claro ejemplo del tiempo que había podido aprovechar si hubiera sido capaz de simplemente escuchar a su hija.

Ella también presenció esa imagen, y su mirada reflejó un inmenso arrepentimiento por haberse rendido ante aquella situación, por haber huido.

No cabía duda de que el error había sido de los dos.

Las luces del amanecer y la matutina actividad de los pájaros despertaron a esta gran ciudad, la cual no solo abrió los ojos a un nuevo día, sino a un nuevo comienzo.

Órdago al Punto

Para echar una partida de mus se necesitan: 4 jugadores, una baraja española y unos amarracos. Aunque unas sillas y una mesa tampoco vienen mal, que con nuestros achaques ya no estamos para andar jugando por el suelo.

No parece mucho ¿verdad?

Para mí el mus comenzó y terminará en las mesas de la cantina de Paco. Cuando las conocí aún no tenían la cruz que lucen ahora, dibujada de tanto arrastrar las cartas. Y eso que antes se jugaba todos los días. Incluso cuando llegó la televisión solo se interrumpían las partidas si toreaba El Cordobés. Esas tardes apartábamos las mesas y hacíamos un semicírculo con las sillas, el local se llenaba de humo, la frasca de vino pasaba de vaso en vaso y los ruidos habituales del bar se cambiaban por los "ayes" y los "olés" de los parroquianos.

Eran tiempos mejores, ¿sabes? Por aquel entonces yo me dedicaba a trabajar el esparto y hacía las mejores cuerdas y serones de la comarca. Tenía mucha faena, pero cuando acababa siempre encontraba gente para echar una partida.

Luego llegó la carretera nueva. Nos dijeron que iba a traer más modernidades al pueblo, pero solo sirvió para que los jóvenes se marcharan más rápido a trabajar a la capital. Al principio volvían en verano, a pasar un mes con la familia. Después la carretera se hizo vieja y prefirieron llevarse a los abuelos a sus casas, para no tener que viajar tanto. Paco también se fue, bueno, se lo llevaron sus chicas para que hiciera tortillas en el bar que abrieron en su nuevo barrio. Al menos, antes de irse, nos dejó una mesa de las de la cantina; que es la que está ahora en el portal del Claudio. La pusimos allí después de que las piernas le fallaran al subir el escalón del teleclub y se rompiera la cadera. El día que volvió del hospital el Miguel, el Anastasio y yo trasladamos el chiringuito a su casa; por aquello de Mahoma y la montaña.

Durante los dos meses que faltó el Claudio, intenté enseñar a mi señora a jugar al mus, pero la pobre no puso mucho empeño en aprender y aún menos en ganar. Así que ni Miguel ni yo la queríamos de pareja. El Anastasio sí, pero el muy cabrón se dedicaba a guiñarla el ojo sin tener ni juego ni *ná* y luego se enfadaba si le penalizábamos.

A lo que iba, ayer el Anastasio se fue a campos más floridos. Descanse en paz. Le vamos a echar de menos. No es que jugara muy bien al mus, pero cuando no queda nadie más en el pueblo no te puedes poner tiquismiquis. Y hoy ya no hay partida. Mi señora se niega a bajar a la casa del Claudio por una historia que tuvo con su mujer hace la tira de años, algo de una mantilla y una vela en una procesión de Jueves Santo... Se va a morir sin hablar a esa arpía pirómana, dice. Si aún fuese capaz de distinguir un caballo de un rey intentaríamos que la arpía pirómana jugara con nosotros.

El chico mayor del Miguel ha venido al entierro, porque es amigo de toda la vida de los hijos del Anastasio y además éste ha tenido la puntería de morirse

en sábado, que es el mejor día para morirse lo mires por donde lo mires. El domingo la mayoría de la gente no trabaja y el cura tiene que venir por aquí, así que te aseguras asistencia y responso. Yo también me quiero morir un sábado, tempranito, no sea que me pase como a uno de los últimos vecinos de Villalpánfilo, que se murió un lunes y no hubo gente suficiente para llevar el féretro hasta el viernes. Por entonces no había teléfono ni coches como ahora, pero por si acaso...

Al grano, que se me va el tema. Te decía que el chico pequeño del Miguel ha venido al entierro y, hablando con su padre, se ha enterado de nuestro problema con el mus y se le ha ocurrido una solución de esas que solo pueden pensar los majaderos. Los jóvenes majaderos, porque su padre también es un poco necio, pero no le alcanza el conocimiento del mundo moderno para alumbrar ideas tan peregrinas como a su hijo. El chico se ha sacado uno de esos teléfonos gigantes del bolsillo y nos ha enseñado cómo se puede jugar con otra gente que está lejos, con la cosa esa del *interné*. Al parecer te metes en una sala, que en realidad es un dibujo de una mesa, con unos señores alrededor vestidos de vascos, con su boina y todo, le das a la pantalla y el cacharro ese te busca personas que quieran jugar contigo en cualquier momento. Nos ha dicho que solo necesitaríamos tres teléfonos móviles y conexión al *interné*. Ha quedado que nos lo mira para la próxima vez que venga.

Al Claudio casi le da un *jamacuco* de la risa cuando se lo hemos contado, sobre todo la parte en la que puedes decirle a tu pareja que tienes solomillo dándole un golpecito a una esquina. Se ha acordado que cuando cualquiera tenía solomillo el Anastasio decía "Pa filetes tengo yo la dentadura". No sé por qué pero suena más gracioso ahora.

Al final hemos echado la tarde buscando otras alternativas, porque lo de que pongan el *interné* aquí para tres viejos suena complicado.

Miguel dice que al cura le gusta el mus, pero que haría falta mucho vino para convencerle de venirse todos los días a jugar. Además está el problema de cómo se vuelve luego a su parroquia, después del trasiego.

A Claudio no le importaría jugar con mi mujer y se ha propuesto mediar entre nuestras señoras para que hagan las paces. Antes se congelará el infierno que pase eso, ya te lo digo yo.

A mí me convence más la opción de hacer como en la película esa del *Estifen Kin*: cogemos a un dominguero, de los que vienen a "reconectar con la naturaleza" pero que no saben ni limpiarse el culo con una piedra, lo atamos a la pata de la mesa y le "persuadimos" para jugar.

Así que a eso voy, a ver si en la solana me queda alguna cuerda.